

Asentamientos, conflicto y cambio social en el altiplano de Lípez (Potosí)

Axel E. NIELSEN (*)

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

RESUMEN

Entre el 900 d.C. y la invasión europea, los grupos del Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia) experimentaron transformaciones en su modo de vida, que se reflejan en importantes cambios en el tamaño, emplazamiento y estructura interna de sus asentamientos residenciales. Un paso crítico en este proceso tuvo lugar alrededor de 1300 d.C., cuando se construyeron poblados defensivos en toda la región. Este fenómeno, que respondería al establecimiento de un estado de conflicto endémico generalizado en los Andes Centro-Sur, estuvo acompañado por la consolidación de formaciones políticas multicomunitarias y, posiblemente, por el establecimiento de nuevos principios de apropiación de recursos y jerarquización social. Los conflictos podrían haber sido disparados por las prolongadas sequías que azotaron las tierras altas de los Andes en esta época, acentuando la competencia por el control de tierras irrigables.

Palabras clave: Arqueología, Altiplano, Período de Desarrollos Regionales, patrón de asentamiento, pukaras, guerra, chullpas, complejidad social.

ABSTRACT

Between AD 900 and the time of the European invasion, the population of Altiplano de Lípez (Potosí, Bolivia) experienced transformations in their lifeways that are reflected in important changes in the size, location, and internal structure of their resi-

(*) Dirección Postal: Casilla de Correo 14 – (4624) Tilcara, Jujuy, Argentina.
Correo electrónico: anielsen@imagine.com.ar

dential settlements. A critical step in this process took place around AD 1300, when defensive villages were built throughout the region. This phenomenon, that would respond to a state of endemic warfare in the South-Central Andes, was associated with the consolidation of supracommunity political structures and, probably, with the development of new principles of resource appropriation and social ranking. Conflicts may have been triggered by the severe droughts that affected the Andean highlands during this period, intensifying competition for the control of irrigated farmland.

Key words: Archaeology, Altiplano, Regional Developments Period, settlement pattern, pukaras, warfare, chullpas, social complexity.

INTRODUCCIÓN

El papel que pudo desempeñar la guerra en el cambio social ha despertado renovado interés entre los arqueólogos durante la última década a partir de la demostración de que los enfrentamientos armados fueron ubicuos entre los pueblos sin estado con anterioridad a la expansión de los imperios occidentales (p. ej., Keeley 1996). En los Andes Centro-Sur, muchos autores reconocen que el período que precedió a la expansión Inka, conocido como Período de Desarrollos Regionales o Intermedio Tardío, fue una época de intenso conflicto. En los siglos XVI y XVII las poblaciones locales aún recordaban aquellos tiempos como edad de los *Auca Runa* o Guerreros (Guamán Poma 1980 [1615] I:52). A pesar de esto, los arqueólogos han prestado poca atención a las evidencias materiales de estos enfrentamientos y apenas se han detenido a considerar sus consecuencias para las sociedades Centro-Sur andinas.

Partiendo de los cambios experimentados por la arquitectura doméstica y los asentamientos en el altiplano sur de Bolivia, en este artículo se argumenta que el establecimiento de un estado de guerra endémica alrededor del siglo XIV trajo aparejados importantes cambios en la organización de estos pueblos, incluyendo la consolidación de estructuras de integración política supracomunitaria y nuevas formas de apropiación de la tierra y otros recursos estratégicos.

EL ESCENARIO GEOGRÁFICO

Se conoce como “altiplano de Lípez” a la región comprendida entre el Salar de Uyuni y la frontera meridional de Bolivia, entre la cordillera occi-

dental (frontera con Chile) y la cordillera oriental o Sierra de Chichas. Dentro de esta región, que abarca a las actuales provincias bolivianas de Nor LÍpez, Sud LÍpez y Enrique Baldivieso (Departamento Potosí), existen tres áreas ecológicamente diferenciadas que ofrecen posibilidades diversas para el aprovechamiento humano y a las que hemos denominado Zonas Norte, Suroeste y Sureste, respectivamente (Nielsen 1997).

El ámbito de interés para este trabajo es el Norte de LÍpez, espacio comprendido entre la margen sur del Salar de Uyuni, los Ríos Quetena-Grande de LÍpez y las alturas de la Cordillera Occidental (Figura 1). Con cotas de

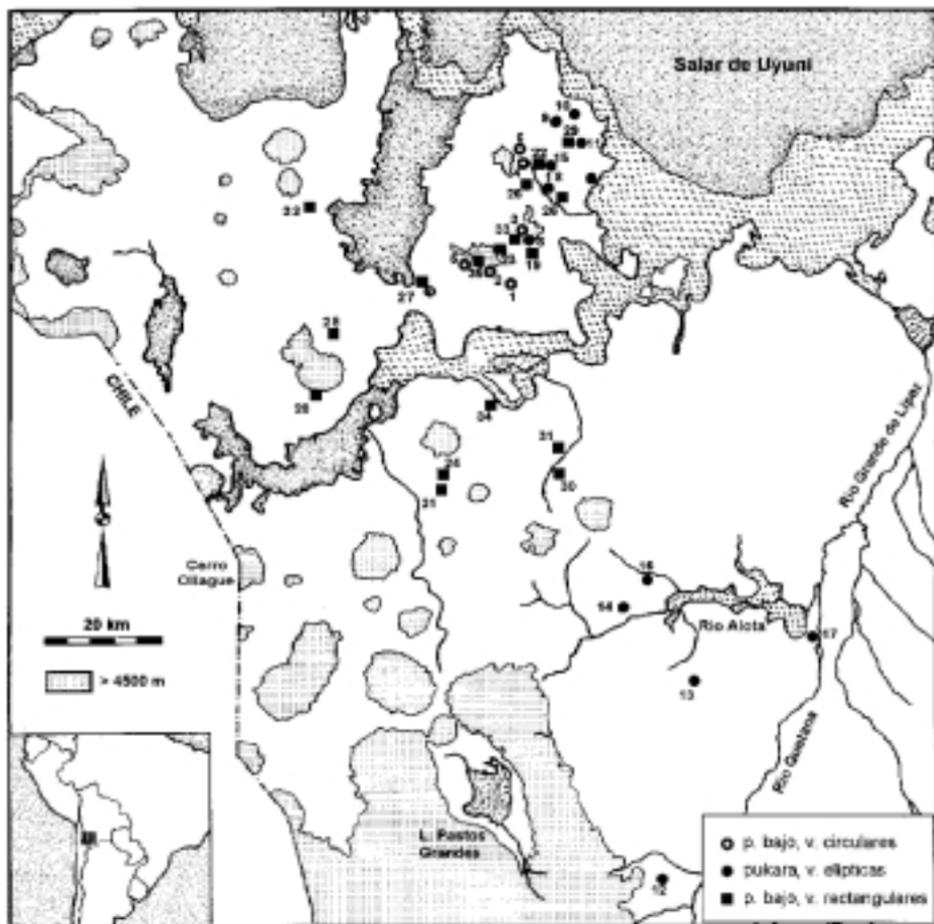


FIGURA 1.—Ubicación de los sitios mencionados en el texto.

base cercanas a los 3.670 m, es el sector de LÍpez más favorable para la ocupación humana y el único que parece haber albergado concentraciones significativas de población permanente durante la era prehispánica. Aquí prospera la quinua (*Chenopodium quinoa*) en los piedemontes bajos y fondos de cuenca, y la papa (*Solanum sp.*) en las laderas montañosas hasta los 4.300 m. Actualmente estos cultivos, practicados exclusivamente a temporal, se complementan con pequeños huertos que aprovechan el riego de arroyos permanentes en puntos especialmente abrigados. Esta zona cuenta también con un considerable potencial forrajero, sobre todo en forma de vegas y grandes bofedales, notables por ejemplo en las proximidades de Colcha K, San Agustín y Alota. Otro recurso de importancia en el Norte de LÍpez es la sal, que puede extraerse del Salar de Uyuni o de otros depósitos menores de extraordinaria pureza, como el pequeño salar de Patana situado al este de San Juan. Hasta hace pocos años, la sal era uno de los principales recursos traficados por las caravanas llameras de LÍpez hacia Tarija y otros valles orientales (Nielsen 2001a).

El Sureste de LÍpez, en cambio, sólo parece haber sido ocupado durante el período de nuestro interés por poblaciones dispersas, especializadas en el pastoreo de camélidos, la caza, la recolección y el tráfico de caravanas de larga distancia. Comprende las áridas planicies que se extienden al sur y este del Río Grande de LÍpez, el piedemonte septentrional de la Cordillera de LÍpez y la porción superior (>4.000 m) del Río Quetena, donde las condiciones de temperatura y humedad no permiten el desarrollo de cultivos en escalas económicamente significativas. Los sitios prehispánicos tardíos de esta zona, que se presentan como concentraciones de artefactos carentes de toda arquitectura impecedera, han sido tratados en otros trabajos (Nielsen 1997) por lo que no serán considerados en esta oportunidad.

Por último, el Suroeste de LÍpez, que abarca una serie de cuencas cerradas (lagunas y salares) recostadas contra la Cordillera Occidental por encima de los 4.250 m es un desierto demasiado hostil para albergar asentamientos humanos permanentes. En el pasado, este "cinturón lacustre altoandino" fue ocupado sólo en forma temporal para la caza, pastoreo estacional y extracción de recursos puntuales (p. ej., obsidiana, basalto, estaño) o como paso obligado para la circulación de personas y bienes entre ambas vertientes del macizo andino, v. gr., entre los Oasis de Atacama y la cuenca del Río Grande de San Juan-Puna Oriental argentina (Nielsen *et al.* 1999).

LOS ASENTAMIENTOS PREHISPÁNICOS TARDÍOS DEL NORTE DE LÍPEZ

Las primeras investigaciones arqueológicas sistemáticas en el Norte de LÍPEZ fueron obra de Arellano y Berberían (1981), quienes a fines de la década de 1970 realizaron un reconocimiento general de la región. Para el período post-Tiwanaku, los autores definieron una entidad cultural a la que denominaron “Señorío Mallku”, caracterizado entre otros rasgos por inhumaciones en torres de piedra (*chullpas*) y en aleros y un patrón de poblamiento que combinaba pequeños conjuntos habitacionales dispersos y fortalezas.

Investigaciones sistemáticas iniciadas en 1995, nos han permitido localizar hasta el momento unos 35 asentamientos habitacionales posteriores al 900 d.C. en el Norte de LÍPEZ¹. Estos sitios conforman un conjunto heterogéneo en términos de emplazamiento, trazado, arquitectura y artefactos asociados, distinguiéndose por lo menos tres tipos: (1) poblados bajos con viviendas circulares o ligeramente elípticas, (2) poblados defensivos o *pukaras* con viviendas elípticas o rectangulares y (3) poblados bajos con viviendas rectangulares (Tabla 1). Excavaciones de diversa envergadura realizadas en 15 de ellos y un primer conjunto de dataciones absolutas asociadas (Tabla 2) sugieren que esta diversidad podría entenderse como el reflejo de cambios en la organización de estas poblaciones durante los siglos que precedieron a la invasión europea. A continuación describimos los distintos tipos de sitios residenciales y su probable ubicación cronológica, discutiendo luego sus implicaciones para comprender las transformaciones experimentadas por los pueblos del altiplano sur en vísperas de la invasión europea.

Como marco de periodificación para este trabajo utilizaremos el esquema más frecuente en el Noroeste argentino (Núñez Regueiro 1974), que comprende un Período de Desarrollos Regionales (ca. 900-1450 d.C.) y uno Inka (ca. 1450-1536 d.C.), seguidos de un Hispano-Indígena que, a falta de mayores conocimientos sobre los cambios experimentados por la cultura material en LÍPEZ, hacemos provisionalmente extensivo a toda la era colonial. Este esquema resulta más apropiado para la región que el comúnmente utilizado en el Norte de Chile (Medio-Intermedio Tardío-Tardío), que parte de la existencia de un horizonte Tiwanaku que no ha sido registrado hasta ahora en LÍPEZ.

¹ De hecho, no se han detectado hasta ahora aldeas conglomeradas anteriores a esta fecha en LÍPEZ. Si bien hemos constatado la existencia de ocupaciones agropastoriles más tempranas, ignoramos las características de los asentamientos asociados.

TABLA I
Asentamientos residenciales del Norte de Lípez
(ver mapa Figura 1)

<i>Poblados Bajos Viviendas Circulares/ Elípticas</i>	<i>Poblados Defensivos Viviendas Elípticas/ Rectangulares</i>	<i>Poblados Bajos Viviendas Rectangulares</i>
1. Kamash	7. Cruz Vinto	19. Bajo Lakaya
2. Belen Khasa	8. Alto Lakaya	20. Talapaca
3. Itapilla Kanchara	9. Inka Corral	21. Juchijsa
4. Cajil	10. Juquil Chullpa	22. Sutulcha 1
5. Sutuj Unu	11. Churupata	23. Ranchopata
6. Sutulcha 2	12. Mallku Arriba	24. Sia
	13. Agua de Castilla	25. Khaysur
	14. Abuelo Wasi	26. Rancho Cucho
	15. Chaupi Loma	27. Patana
	16. Pukara Khasa	28. Pelcoya
	17. Puka Pukara	29. Rancho
	18. Palta Khaka	30. Kakanchara
	31. Rancho Moqo	
	32. Tokhota	
	33. Santiago K	
	34. Amor (Illipica)	
	35. Orkho Sonko	

Poblados Bajos con Viviendas Circulares

Conocemos seis sitios de estas características. Todos ellos se ubican en terrenos llanos que no ofrecen dificultades de acceso, p. ej., laderas, conos de deyección, terrazas fluviales. Son aldeas formadas por viviendas simples de planta circular o ligeramente elíptica, de 3 a 4,5 metros de diámetro, construidas con muros de piedra sin mortero. Dos rasgos característicos de estas habitaciones son las hornacinas y un deflector de aire ubicado junto a la entrada, que a veces se prolonga para formar un tabique que divide por la mitad la habitación. Detrás del deflector suele ubicarse la principal estructura de combustión. El mayor de tales sitios (Cajil) comprende más de medio centenar de estos recintos, que interpretamos como referentes arqueológicos de otras tantas unidades domésticas.

Alrededor del núcleo habitacional se encuentran siempre corrales de planta subcircular o irregular que revelan la importancia del pastoreo para estos

Tabla 2
 Dataciones radiocarbónicas para asentamientos residenciales del Norte de Lízep
 (Períodos de Desarrollos Regionales a Hispano-Indígena)

	<i>Procedencia</i>	<i>Código</i>	<i>C¹⁴ AP</i>	<i>C¹⁴ Cal</i>	<i>Cal AD 68%</i>	<i>Cal AD 95%</i>
POBLADOS BAJOS VIVIENDAS RECTANGULARES	Orkho Sonko s1	A-9592	215±60	1664,1785,1786	1643-1947	1520-1950
	Bajo Lakaya R1	A-10946	270±45	1645	1528-1661	1488-1946
	B. Lakaya S1-3	LP-751	530±50	1412	1331-1435	1304-1446
	B. Lakaya S1-10	LP-778	540±40	1409	1331-1427	1308-1440
	B. Lakaya R300	A-10944	575±55	1333,1338,1399	1304-1417	1294-1438
	B. Lakaya R300	A-10945	600±90	1327,1346,1393	1293-1422	1262-1449
	Talapaca S1	A-9593	605±55	1326,1348,1391	1299-1406	1284-1430
PUKARAS VIVIENDAS ELÍPTICAS/ RECTANGULARES	B. Cruz Vinto	Beta147506	570±70	1334,1336,1400	1302-1426	1286-1445
	A. Cruz Vinto r2	Beta147505	590±60	1329,1343,1395	1300-1413	1286-1437
	A. Lakaya S3	A-9597	610±55	1323,1350,1390	1298-1405	1283-1428
	A. Lakaya S1	A-9598	615±45	1319,1352,1389	1299-1401	1287-1416
	A. Lakaya R500	A-10947	680±50	1296	1282-1385	1262-1399
	A. Cruz Vinto r1	Beta147504	780±70	1263	1211-1287	1059-1382
POBLADOS BAJOS VIVIENDAS RECTANGULARES	Cajil R1 14	Beta147508	710±70	1287	1262-1382	1195-1401
	Sutuj Uno S1	A-9590	720±55	1284	1264-1298	1217-1391
	Cajil R1 12	Beta147507	770±70	1271	1215-1291	1070-1385
	Kamash R1	Beta149928	890±40	1161	1042-1213	1026-1248
	Belen Khasa S1	A-9591	905±75	1074,1076,1159	1024-1219	994-1278
	Itapilla Kanchara	A-9596	985±60	1024	998-1156	902-1208

Nota: Todos los fechados fueron realizados sobre carbón de madera o arbustos leñosos recuperados en estratigrafía.

grupos (Figuras 2 y 3). También la agricultura debe haber desempeñado un papel destacado en la economía, a juzgar por la abundancia de palas y azadas de andesita encontradas tanto en superficie como en los pisos de habitación excavados. Ambos tipos de evidencias se encuentran presentes en las tres clases de sitios, lo que indica la continuidad de una economía agroganadera a lo largo del período.

En cuatro de estos sitios hay *chullpas* de planta circular o rectangular, aunque estas estructuras parecen haber sido construidas más tardíamente, tras el abandono de los asentamientos, a veces aprovechando los materiales de las antiguas viviendas. Actualmente están vacías; con frecuencia se encuentran concentraciones de cerámica fragmentada a su alrededor, quizás depositadas como ofrenda. Ocasionalmente estas reocupaciones incluyeron componentes domésticos, como lo atestigua una vivienda rectangular y estructuras aso-

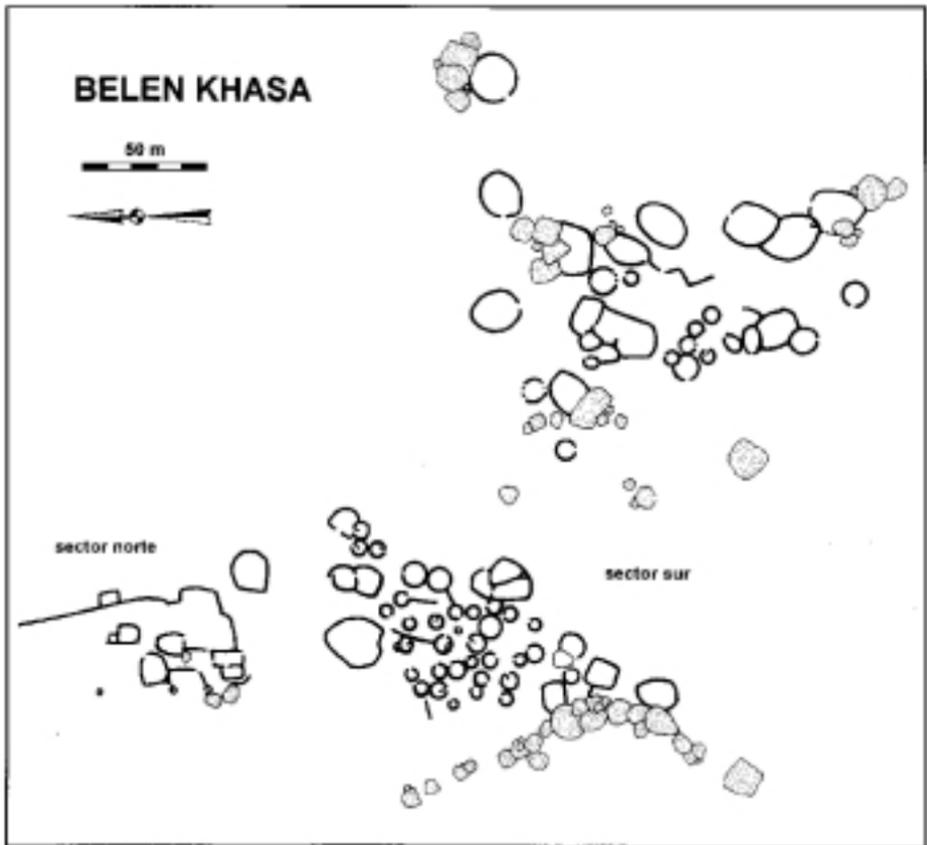


FIGURA 2.—Planimetría de Belén Khasa.

ciadas de características tardías, edificada junto al poblado original en Belén Khasa, sector norte (Figura 2).

Las fechas radiocarbónicas ubican este tipo de asentamientos aproximadamente entre 900 y 1300 d.C. (Tabla 2).

Poblados Defensivos (Pukaras) con Viviendas Elípticas/Rectangulares

Los 12 sitios de este tipo hasta ahora detectados se encuentran emplazados en lugares altos que dominan visualmente su entorno y, en la mayo-

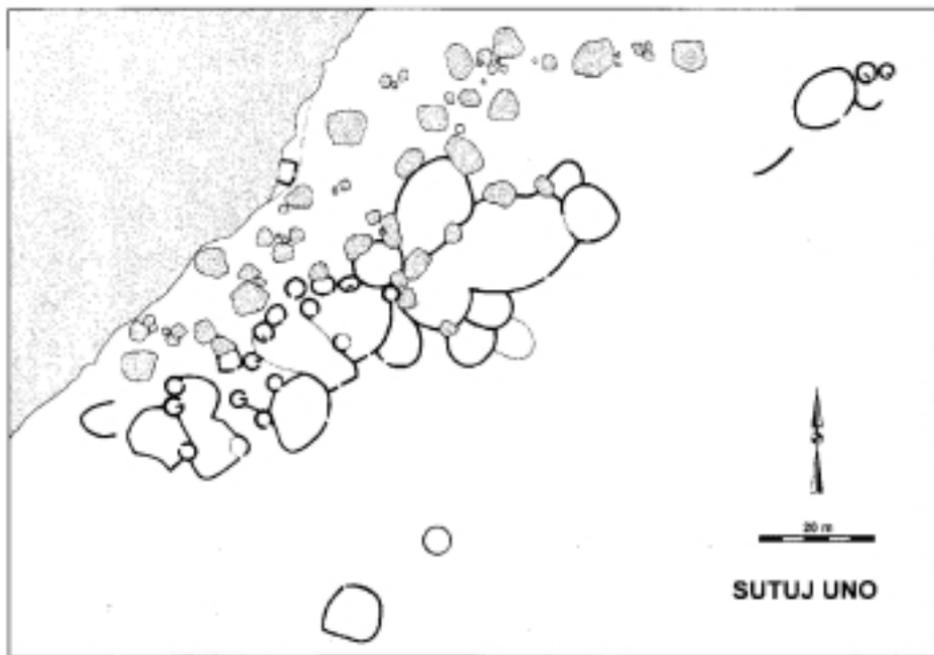


FIGURA 3.—Planimetría de Sutuj Uno.

ría de los casos, ofrecen dificultades de acceso. Estas ventajas estratégicas naturales han sido reforzadas mediante arquitectura específicamente defensiva —murallas con plataformas y vanos, parapetos, accesos controlados— y trazados internos claramente concebidos para facilitar la protección de los habitantes frente a amenazas externas. Consideremos algunos ejemplos.

En Cruz Vinto, las viviendas se apiñan sobre una meseta rodeada de acantilados rocosos que se eleva alrededor de 100 m por encima del terreno circundante (Figura 4). El poblado sólo puede ser alcanzado por los extremos noroeste y suroeste de la meseta, que están protegidos por murallas de 1 m de espesor, con tres accesos bien definidos y varios vanos semejantes a “troneras,” desde donde los ocupantes del sitio podrían avistar al enemigo sin exponerse y disparar con arcos y flechas. La ladera noreste, que puede ser escalada con ciertas dificultades, muestra por lo menos dos líneas de parapetos.

En Agua de Castilla (Figura 5) una ladera abrupta impide el acceso al poblado por el sur y este, mientras que una muralla continua, interrumpida

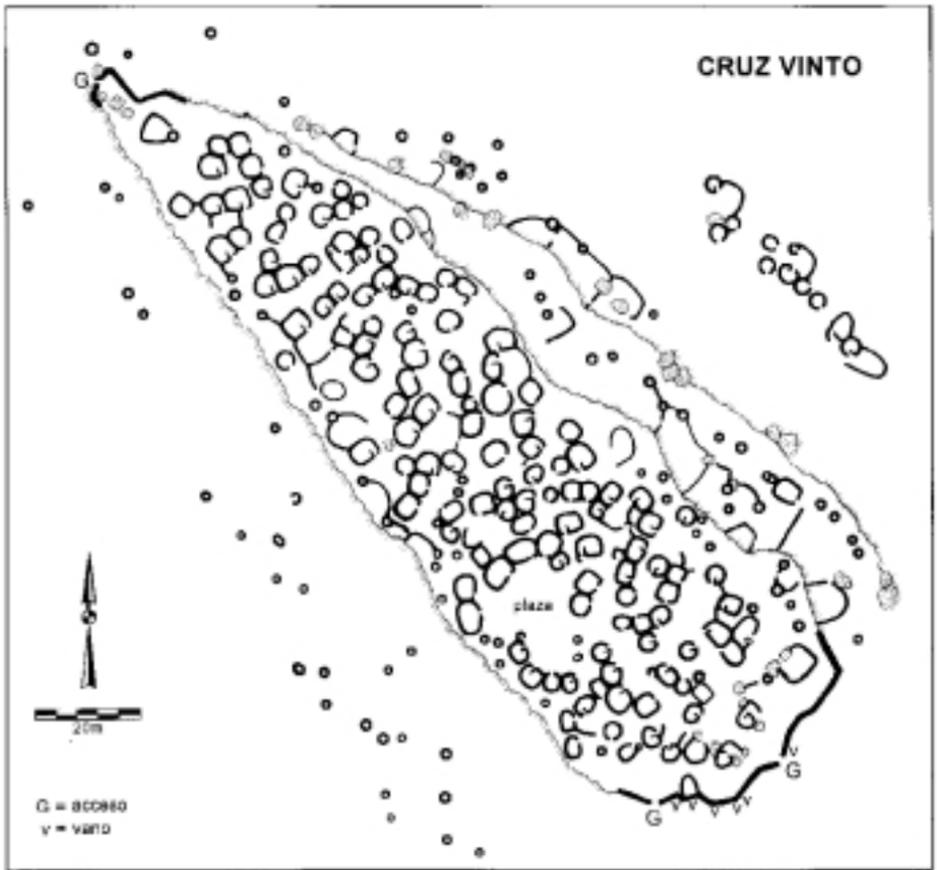


FIGURA 4.—Planimetría de Cruz Vinto.

por sólo una puerta, protege los flancos más vulnerables hacia el norte y oeste. Esta muralla alcanza 2,5 m de altura en algunos tramos, tiene entre 1 y 1,5 m de espesor y aún pueden verse en ella 76 vanos-troneras. Éstos tienden a concentrarse en los “quiebres” que presenta el trazado del muro, de modo que permitiría enfrentarse a los atacantes desde varios ángulos. En Mallku Arriba la muralla posee una plataforma de poco más de 1 m de altura adosada en su interior, desde donde los defensores podrían alcanzar a los atacantes desde arriba. Todavía se observan a intervalos regulares sobre esta plataforma acumulaciones de rocas esféricas de 5-10 cm de diámetro (“piedras de honda”) listas para ser arrojadas.



FIGURA 5.—Planimetría de Agua de Castilla.

Alto Lakaya posee dos murallas defensivas con accesos restringidos, quiebres y vanos-troneras protegiendo su flanco vulnerable (Figura 6). Entre ambas hay series de parapetos, mientras que el espacio detrás de la muralla interna está libre de construcciones, lo que facilitaría la circulación de los



FIGURA 6.—Planimetría de Lakaya.

defensores. Aún si los agresores hubieran superado estas barreras, se enfrentarían con las paredes posteriores de las viviendas, las que también están dotadas de troneras. Para acceder a los espacios domésticos, deberían tomar el control de las calles internas que constituyen un verdadero laberinto hacia donde abren todas las puertas.

Como en los asentamientos descritos en el apartado anterior, las viviendas de los poblados defensivos o *pukaras*² constituyen unidades simples —v. gr., formadas por un único recinto— confeccionadas en piedra sin mortero. Aunque existen casos de plantas circulares, la mayoría de estas estructuras son elípticas o rectangulares con ángulos redondeados y lados curvos. De hecho, al contemplar las planimetrías de los *pukaras* en su conjunto, podría decirse que estos sitios contienen la transición entre las formas circulares y rectangulares en la arquitectura doméstica. En los casos de Cruz Vinto y Alto Lakaya (Figuras 4 y 6) predominan las plantas elípticas, mientras que en Agua de Castilla (Figura 5) la mayoría son subrectangulares. A pesar de esto, la organización interna de las viviendas no experimenta mayores cambios, manteniéndose los deflectores de aire protegiendo el fogón principal, las hornacinas y la ocasional división interna mediante tabiques. En las estructuras rectangulares, la entrada tiende a estar cerca del extremo de uno de los lados mayores. Como rasgo novedoso, hay a veces un banco adosado a los muros en el rincón opuesto al ingreso.

Los poblados más grandes de este tipo cuentan con alrededor de un centenar de viviendas aglutinadas, separadas por estrechas calles, que a veces conducen a reducidos espacios abiertos hacia donde abren las puertas de varias estructuras. Por lo menos dos de estos sitios —Cruz Vinto y Churupata— cuentan con espacios públicos o plazas, que son claramente reconocibles debido a la gran densidad de la edificación (Figura 4). Otros sitios, como Agua de Castilla, podrían tener lugares específicamente destinados a actividades públicas, pero es difícil establecerlo debido a la existencia de considerable espacio no edificado dentro del área amurallada. No obstante, es claro que algunos *pukaras* no poseen este tipo de espacio (p. ej., Juquil Chullpa), lo que permite postular la existencia de relaciones jerárquicas entre asentamientos que implicarían no sólo contrastes de tamaño, sino la distribución diferencial de ciertas celebraciones públicas.

Todos los *pukaras* poseen *chullpas* de piedra en cantidades que varían desde una docena a varios centenares. La gran mayoría de estas estructuras son de planta circular o ligeramente elíptica, de 1,6 a 3,5 m de diámetro externo, con muros anchos (0,5-1 m) asentados con argamasa de barro y un vano cua-

² Algunos de estos poblados son designados por los actuales pobladores con el término quechua *pukara*, que significa “fortaleza.” En este trabajo respetamos esta denominación, aunque debemos enfatizar que no se trata de asentamientos militares especializados (como los establecidos por los Inkas en los Andes Centro-Sur), sino de sitios residenciales con propiedades defensivas.

drado o ligeramente trapezoidal, de 0,3-0,5 m de lado, ubicado entre 0,2 y 1,2 m por encima de la base de la estructura. En Cruz Vinto, todos los vanos que aún se conservan están orientados hacia el interior del poblado. Algunas de estas torres aún conservan su techo de lajas en falsa bóveda, que sobresalen en todo el contorno de la estructura para formar una suerte de cornisa. La excavación del interior de una de estas estructuras ubicada en la plaza de Cruz Vinto expuso un piso de lajas asentado directamente sobre el substrato natural, sobre el que se encontraron fragmentos de varias vasijas sin decoración, posiblemente destinadas al almacenaje. En algunos *pukaras* hay *chullpas* de planta rectangular y ángulos redondeados, pero esta forma parece ser más frecuente en el tercer tipo de asentamientos, que describiremos en el próximo apartado. Excepcionalmente se observan pares de estas torres (circulares o rectangulares) adosadas formando “*chullpas* dobles.”

Las *chullpas* ocupan dos posiciones características en los *pukaras*. La más frecuente es alrededor del asentamiento, en la periferia del núcleo de viviendas, en las laderas que lo rodean, entre parapetos o incluso insertas en las murallas perimetrales, como si fueran parte de la arquitectura defensiva de los sitios. Los espacios públicos son el segundo lugar en el que se encuentran (Figura 4). Todas las plazas relevadas hasta ahora cuentan con *chullpas* en su lado oriental; cuando los vanos están conservados se orientan al poniente. Más raramente estas estructuras están dentro de los poblados, entre los recintos de carácter doméstico (p. ej., Mallku Arriba).

Las puntas de proyectil encontradas en los *pukaras* son pedunculadas y habitualmente confeccionadas en calcedonia gris como las recuperadas en el primer tipo de sitios, pero son considerablemente más grandes, como lo ilustra claramente la Figura 7. Este cambio en el diseño de las flechas podría guardar relación con las nuevas demandas generadas por la situación de conflicto que atestigua el registro de asentamiento.

Las excavaciones realizadas —cuatro viviendas completas y pozos de sondeo en áreas de descarte de dos sitios— han puesto al descubierto algunas ocupaciones domésticas relativamente substanciales que obligan a desechar el uso ocasional de los *pukaras* exclusivamente como refugios transitorios para casos de peligro. Las fechas obtenidas tienden a concentrarse en el siglo XIV (Tabla 2).

Poblados Bajos con Viviendas Rectangulares

Los asentamientos de este tipo localizados hasta el momento son 17. Todos ellos se encuentran en lugares llanos y abiertos, de fácil acceso. Varios

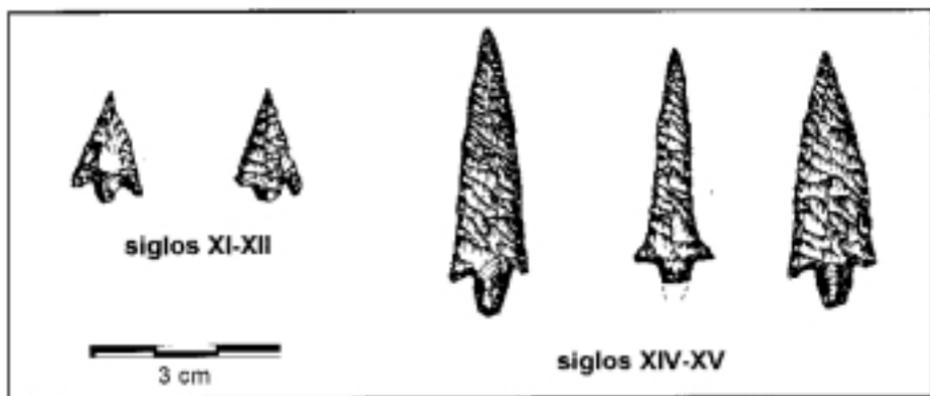


FIGURA 7.—Cambios en las puntas de proyectil durante el período de desarrollos regionales.

de ellos subyacen a poblados actuales (Colcha K, Santiago K), mientras que otros han sido reutilizados en época reciente para horticultura por su proximidad a fuentes de agua (p. ej., Rancho, Rancho Cucho, Pelcoya, Rancho Moqo, Kakancha) que permiten irrigar las antiguas viviendas y otras construcciones, aprovechándolas como bancales reparados del viento. En estos casos, las perturbaciones de la arquitectura original hacen difícil definir la estructura interna de los asentamientos.

Los espacios domésticos en estos sitios están constituidos por un recinto de planta aproximadamente rectangular de ángulos redondeados y lados ligeramente curvos, junto con un área exterior ubicada frente a la puerta de la vivienda, que a veces está arquitectónicamente delimitado mediante dos muros bajos laterales o un cerco perimetral con puerta para formar un patio (Figura 8). Las viviendas tienen medidas que oscilan entre 2 x 3 y 4 x 6 m; están confeccionadas con muros de piedra sin mortero y fueron techadas a dos aguas, como lo demuestra la frecuente presencia de hastiales aún en pie, que ocupan siempre los lados menores del rectángulo. El vano de acceso se ubica siempre hacia un extremo de uno de los lados mayores del rectángulo y se orienta preferentemente hacia el naciente. Su organización interna muestra continuidad con las viviendas de los *pukaras*: deflector de aire a un lado del ingreso, detrás de él un fogón delimitado por piedras, banco en el cuadrante opuesto a la puerta, hornacinas y a veces estructuras de almacenaje rectangulares limitadas por un muro bajo en el rincón frente al vano de acceso.

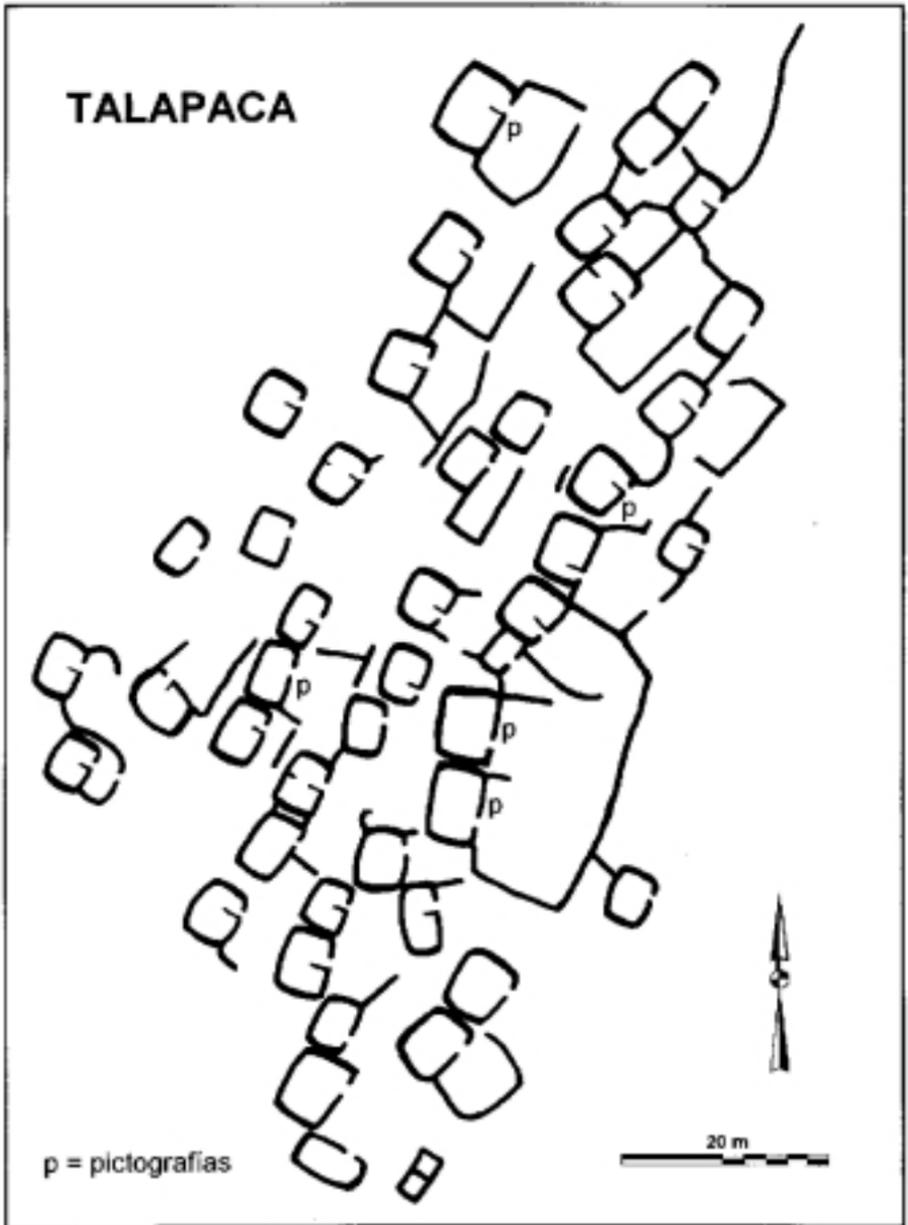


FIGURA 8.—Planimetría de Talapaca.

Existen grandes variaciones en el tamaño de estos sitios; los más pequeños que conocemos (p. ej., Ranhopata, Orkho Sonkho) tienen una decena de viviendas, mientras que Bajo Lakaya cuenta con alrededor de 250 de estas unidades. Este último sitio posee una plaza bien definida con un banco perimetral adosado a los muros que la circunscriben, tres *chullpas* rectangulares de ángulos redondeados en su lado este y tres grandes recintos subrectangulares al oeste (Figura 6). La excavación completa de uno de estos últimos reveló una estructura interna homóloga a la de las viviendas, con deflector de aire junto a la puerta y un gran fogón rodeado con piedras detrás de él. Es probable que otros de los asentamientos de gran tamaño hayan tenido plazas, pero resulta difícil establecerlo debido a la reocupación reciente. Resulta claro, sin embargo, que varios de los pueblos más pequeños carecen de espacios públicos. Como en el caso de los *pukaras*, la combinación de estos dos criterios (tamaño del sitio y presencia de plazas) permiten hablar de jerarquías entre asentamientos. Esta conclusión coincide con las observaciones sobre los pueblos de esta región hechas por el Factor de Potosí al Virrey del Perú en su carta de 1581 describiendo la Provincia de los Lipes, en la que manifiesta:

“...y habrá como cuatro mil indios aymaraes, antes más que menos, y éstos están por reducir, divididos en muchas partes y pueblos muy distintos y apartados unos de otros en las poblaciones siguientes: Colcha, que es el pueblo donde reside el sacerdote, y el pueblo de Chuquilla y Queme, Cheucha, Becaya, Ojas, Tuca, Palas, Patana, Abana, los cuales son *pueblos principales* del distrito, y sin éstos habrá otros cien *pueblezuelos* de a 10, 20, 30, 50, 80 indios.” (Lozano Machuca 1992:30-31, nuestro énfasis)

Cabe agregar que algunos de los sitios de esta clase que hemos relevado están asociados con estos topónimos; p. ej., Chuquilla (Lakaya o Santiago K), Queme (Tokhota), Cheucha (Amor) y Patana (Patana).

Los asentamientos de esta clase siempre poseen *chullpas*. Variaciones en la posición y algunas de las características formales de estas estructuras, permiten reconocer dos subtipos dentro de esta clase de sitio, sin que por el momento podamos determinar si esta distinción responde a factores sociales, culturales o cronológicos. En los asentamientos de mayor tamaño las torres se agrupan a un costado del poblado; si el sitio está emplazado en una ladera o junto a algún cerro o promontorio, como sucede frecuentemente, las *chullpas* se concentran ladera arriba o hacia el terreno más elevado; p. ej., Rancho Cucho, Khaysur, Kakancha, Bajo Lakaya. En estos casos son muy numerosas, como en Lakaya, donde suman alrededor de 350. Aunque la ma-

yoría de ellas mantiene planta circular, las formas rectangulares también están consistentemente representadas. Como en los sitios descritos en el apartado anterior, hemos registrado casos de *chullpas* dobles y hasta triples, en ambos tipos de planta. En el segundo grupo de asentamientos, que en nuestra muestra al menos comprende sitios de menor tamaño (p. ej., Talapaca, Juchijsa, Sia, Patana, Pelcoya, todos con menos de 100 viviendas), las *chullpas* son menos numerosas y se ubican fuera del asentamiento en dos contextos claramente definidos. Primero, en un grupo de cinco a 15 estructuras con sus vanos orientados al este, ubicado cerca del poblado. Segundo, dispersas en lugares muy visibles alrededor del sitio, como marcando el territorio del asentamiento o anunciando su presencia. En ambos contextos son mayoría las torres circulares.

Las siete fechas disponibles para asentamientos de esta clase van desde el siglo XIV hasta el XVIII, sin que por ahora podamos vincular atributos particulares o alguno de los subtipos descritos a momentos específicos dentro de este rango temporal. Aún cuando futuros trabajos permitan identificar variaciones cronológicas en los asentamientos, parece haber una considerable continuidad formal en la arquitectura (viviendas, *chullpas*) desde el final del Período de Desarrollos Regionales hasta el Hispano-Indígena, a pesar de los cambios sociales y culturales que indudablemente acompañaron a las conquistas inkaica y española. Más aún, algunos de los sitios parecen haber sido ocupados durante todo este lapso —aunque no sabemos si en forma continua— como lo demuestran las fechas de Bajo Lakaya (Tabla 2).

DISCUSIÓN

Partiendo de la forma de las viviendas, podemos distinguir dos grandes momentos en la evolución de los asentamientos del Norte de Lízep: uno anterior a 1300 d.C. caracterizado por el uso de plantas circulares, otro posterior a esta fecha, con utilización de estructuras rectangulares. En ambos momentos se ocupan “poblados bajos,” ubicados en terrenos llanos y de fácil acceso, aunque estos difieren en tamaño y estructura. Los asentamientos tempranos no superan el medio centenar de unidades domésticas, carecen de espacios públicos y *chullpas* —por lo menos en el momento de su ocupación—; los tardíos llegan a tener varios centenares de unidades domésticas, cuentan con plazas, *chullpas* y muestran relaciones jerárquicas entre sí.

En cuanto a los poblados defensivos, se ubicarían en la transición entre ambos momentos, tanto por sus fechas que se superponen con los sitios más

tardíos del primer momento y los más tempranos del segundo (Tabla 2), como por la morfología de sus viviendas, entre las que se observan plantas circulares, rectangulares y, sobre todo, elípticas. ¿Cuál era la relación entre estos *pukaras* y los poblados bajos?³ La primera alternativa es que los *pukaras* hayan sido edificados como refugios temporales para épocas de peligro, por comunidades que habitaban la mayor parte del tiempo en poblados bajos, con una ubicación más favorable y próxima a los recursos de subsistencia.

La otra posibilidad es que las comunidades de la región se hayan mudado permanentemente a poblados defensivos durante un lapso relativamente breve —p. ej., menos de un siglo— volviendo a ocupar lugares bajos al cesar las amenazas. Dada la escasa precisión del método radiocarbónico, sería imposible separar estadísticamente las dataciones de ambos tipos de sitios, problema que se vería agravado por la pronunciada oscilación que sufre la curva de calibración durante el siglo XIV (Pearson *et al.* 1986), que agrega un factor de indeterminación adicional a las fechas de esta época. Esta alternativa, que daría cuenta de la escasa potencia ocupacional de algunos *pukaras*, se vería además sustentada por la aparente ausencia de poblados bajos en la cercanía de varios de ellos (p. ej., Inka Corral, Juquil Chullpa). La evaluación de estas posibilidades deberá aguardar información más completa sobre la distribución regional de sitios y sobre las actividades que se realizaban en cada tipo de instalación.

Cualquiera que haya sido el papel de los *pukaras* en el sistema de asentamiento, su construcción delata la existencia de marcadas tensiones sociales alrededor del 1300 d.C. La preocupación que revela el emplazamiento y diseño de estos sitios por facilitar la defensa de la población y algunos de los artefactos que contienen (grandes puntas de proyectil, “piedras de honda”), permiten afirmar sin mayores dudas que los conflictos de esta época constituían una amenaza real para estos grupos, antes que batallas rituales análogas al *t'inku*, como ha sido recientemente propuesto para otras regiones de los Andes (p. ej., Topic y Topic 1997). Por cierto, el uso de poblados defensivos no es un fenómeno aislado, sino que ha sido registrado durante el Período de Desarrollos Regionales o Intermedio Tardío en la mayor parte del Área Centro-Sur Andina, incluyendo la cuenca del Lago Titicaca (Hyslop 1977a), el Altiplano Meridional (Lecoq 1997), los Valles Occidentales de Chile (Schiappacasse *et al.* 1989), el Loa Superior y San Pedro de Atacama (Lla-

³ Vale la pena recordar que una diversidad de asentamientos parecida ha sido observada para este período en otros lugares del altiplano (Hyslop 1977a; Krapovickas y Aleksandrowicz 1986; Ruiz y Albeck 1997).

gostera y Costa 1999), la Puna Argentina (Ruiz y Albeck 1997), la Quebrada de Humahuaca (Nielsen 2001b) y el Valle Calchaquí (DeMarrais 2001).

Teniendo en cuenta la reducida escala de las sociedades involucradas, y su limitada capacidad para financiar empresas militares de envergadura, estas luchas deben haber consistido fundamentalmente en ataques sorpresivos a poblados, saqueos y emboscadas, comparables en su escala y organización a las guerras tribales etnográficamente documentadas en otras partes del mundo (Keeley 1996). Los conflictos confrontarían a grupos de diferentes regiones —p. ej., Valles Occidentales, Altiplano, Valles y Quebradas, Piedemonte Oriental— que, a juzgar por la diferenciación de las expresiones materiales (cerámica, arquitectura doméstica, funeraria) que tipifica esta época, serían culturalmente disímiles. Esta interpretación daría cuenta de ciertas características del período que sería difícil explicar si los conflictos hubieran sido sólo locales, entre vecinos dentro de cada región; por ejemplo, la amplia difusión de las hostilidades en este momento en el Centro-Sur andino y la ubicación de los *pukaras* entre los 2.500 y 3.000 m en los valles y oasis del norte de Chile, que han llevado a interpretar su construcción como una respuesta a “desbordes de población del altiplano nuclear” (Schiappacasse *et al.* 1989: 187), entre otros (ver Nielsen 2001b). Es preciso enfatizar que esta propuesta no es contradictoria con la intensificación del tráfico de larga distancia y otras formas de interacción económica interregional que ha sido apuntada por diversos autores para el altiplano meridional y circumpuneño en esta época. Por el contrario, la etnografía demuestra que la guerra y el intercambio son formas de interacción que se encuentran estrechamente correlacionadas interculturalmente (Keeley 1996: 121-126).

En LÍpez, la aparición de los *pukaras* estuvo acompañada por el surgimiento de relaciones jerárquicas entre sitios que revelan el desarrollo de estructuras políticas e instancias de autoridad que comprometían a más de una comunidad. La guerra podría haber fomentado la integración política y la concentración de poder en ciertos sectores o individuos de varios modos. El temor a las amenazas externas promovería la formación de alianzas defensivas, demandaría nuevas posiciones de liderazgo y crearía otras fuentes de reconocimiento social. Guerreros destacados podrían acumular considerable prestigio —y tal vez riqueza mediante la apropiación de botines—, extendiendo quizás su liderazgo más allá de la propia comunidad. Al persistir los enfrentamientos, la inseguridad social podría convertir lo que inicialmente fueron poderes temporalmente delegados a estos individuos o grupos en atribuciones relativamente permanentes (Carneiro 1998). Por último, al elevar los riesgos de la fisión como forma de resistencia, la guerra crearía un estado de circuns-

cripción social que llevaría a la población a aceptar demandas de líderes incipientes o facciones en ascenso que rechazaría en tiempos de paz. El conflicto generaría así condiciones estructurales que favorecerían el éxito de otras estrategias de acumulación de poder, precipitando procesos de diferenciación social independientes y que podrían haberse iniciado en épocas anteriores. De hecho, algunos de los cambios sociales que parecen acelerarse en el siglo XIV, podrían tener su origen a fines del primer milenio d.C., por lo menos, con el surgimiento de las aldeas conglomeradas. Desde esta perspectiva, no sería adecuado pensar en el conflicto como el único motor de las transformaciones, sino como un fenómeno concurrente en un complejo proceso de cambio histórico.

La invariable presencia de *chullpas* en las plazas de Lízep denota estrechos vínculos entre la aparición de estos monumentos y el nuevo orden político emergente. Según Isbell (1997), la difusión de las *chullpas* en las tierras altas de los Andes denotaría el establecimiento de una organización en la que el control de recursos estratégicos estaría en manos de grupos corporativos donde el rango y los bienes se distribuirían de acuerdo con un sistema de posiciones organizado como una trama de parentesco respecto a un antepasado común, real o imaginario. La gran visibilidad de estos monumentos y las prácticas con las que estaban relacionados, contribuirían a legitimar la apropiación de la tierra, los pastos, el agua y otros recursos por parte de estos “linajes” en un contexto en el que tales derechos estarían siendo cuestionados o amenazados de hecho⁴. Una dinámica social similar podría haberse establecido por esta época fuera del altiplano también, donde cobrarían expresión en otras formas monumentales vinculadas con el culto a los antepasados, como los menhires o *wankas* (Duviols 1979) presentes en sitios desde la Puna Argentina hasta Tarija (Alfaro 1983; Alfaro y Suetta 1970; Krapovickas y Aleksandrowicz 1986:115) y los sepulcros sobre nivel en plataformas asociadas a espacios públicos recientemente estudiados en Quebrada de Humahuaca (Nielsen y Walker 1999).

⁴ Discutir el problema de la funcionalidad de estas estructuras excede las posibilidades de este artículo. No obstante, cabe destacar que esta interpretación del significado social de las *chullpas* no requiere considerarlas “sepulcros abiertos” o tumbas de élite con exclusión de otras funciones; creemos que también sirvieron como depósitos, altares, marcadores territoriales y quizás, desde la perspectiva de los actores, hasta como “protección,” a juzgar por su asociación con el sistema defensivo de los *pukaras*. Si las *chullpas* actuaban como referentes materiales de grupos corporativos específicos o de los principios de organización que los sustentaba y legitimaba sus control sobre los recursos, bien podrían haber estado afectadas a usos diversos pero íntimamente relacionados dentro de una misma lógica de reproducción cultural.

Como en el caso del conflicto, este fenómeno contribuiría al éxito de formas independientes de acumulación de poder. Al analizar las “estrategias políticas de red” (*network strategies*), Blanton *et al.* (1996:5) destacan la inestabilidad de las economías de prestigio debido a la capacidad de cualquier individuo de ingresar en la pugna por el reconocimiento social, desarrollando sus propias redes. En este contexto, resulta crucial el uso de “retóricas patrimoniales” o ideologías que al afirmar los lazos domésticos, de descendencia y/o etnicidad, coartan la libre migración de los miembros de facciones enfrentadas. Desde este punto de vista, el énfasis en la solidaridad corporativa dentro de grupos de descendencia que cobra expresión material en las *chullpas*, operaría como retórica patrimonial, poniendo fin a lo que hasta entonces era una sociedad más fluida y abiertamente competitiva.

Si estas interpretaciones fueran correctas, las nuevas formas de organización y apropiación de recursos y la guerra podrían ser entendidas como respuestas a una misma situación caracterizada por una acentuada competencia en torno al control de recursos estratégicos. A escala local, las tensiones entre grupos culturalmente afines serían reguladas por el desarrollo de estructuras políticas cada vez más inclusivas y mediante prácticas centradas en el culto a los antepasados donde los linajes negociarían recursos y poder. A nivel interregional, la competencia tomaría forma de conflictos armados entre pueblos culturalmente diferentes, que ocasionalmente podrían haber resultado en la conquista permanente de algunos territorios, como lo ejemplificaría el caso del pukará de Turi en el Alto Loa, aparentemente tomado por grupos altiplánicos —posiblemente del Norte de Lízpez— en el siglo XIV (Aldunate 1993).

Los disparadores de los cambios sociales del siglo XIV en Lízpez y regiones vecinas de los Andes circumpuneños, entonces, deberían buscarse en condiciones que puedan haber incrementado por esta época la competencia por recursos vitales en toda el área o alterado los mecanismos sociales que hasta entonces regulaban esta competencia. El colapso de Tiwanaku hacia el 1100 d.C. podría representar una situación de este último tipo, aunque los dos siglos que lo separan de la intensificación de las hostilidades alrededor del 1300 d.C. llevan a dudar de que estos dos fenómenos estén directamente relacionados.

La causa de las guerras pre-incaicas más frecuentemente invocada en la literatura es el aumento de la población. Como todas las explicaciones basadas en la noción de presión demográfica, esta proposición es muy difícil de contrastar arqueológicamente, especialmente en el Centro-Sur andino, donde los datos disponibles no permiten hacer estimaciones demográficas adecuadamente fundamentadas, mucho menos demostrar que efectivamente existió un desequilibrio cuantitativo entre población y recursos.

Otro factor que podría haber acentuado la competencia por ciertos recursos en un ámbito geográfico amplio es la prolongada sequía que, de acuerdo con los estudios de Thompson *et al.* (1985) sobre patrones de acumulación de hielo en los glaciares Quelccaya y Huascarán y los de Binford *et al.* (1997) sobre las oscilaciones del nivel del Lago Titicaca, azotó las tierras altas de los Andes a partir del siglo XI, asumiendo proporciones muy severas durante la segunda mitad del siglo XIII. Las consecuencias de este fenómeno climático debieron ser dramáticas, sobre todo para los pueblos de la puna seca —como los del Norte de Lízep— cuya subsistencia dependía en gran medida de la agricultura a temporal, una actividad extremadamente sensible a la variación de las precipitaciones.

Para enfrentar un período de aridez como el planteado, estos grupos tendrían dos alternativas principales y no excluyentes a su disposición. Una de ellas sería intensificar el aprovechamiento agrícola de las zonas más húmedas o irrigables del altiplano; la vasta infraestructura agrícola prehispánica presente en los oasis puneños de Argentina (p. ej., Yavi, Doncellas, Casabindo, Antofagasta de La Sierra) podría dar testimonio de esta respuesta. La otra alternativa sería presionar sobre espacios fértiles con buenas oportunidades de riego a ambos lados del macizo andino —p. ej., Valles del Loa, Río Grande de San Juan, Quebrada de Humahuaca— donde seguramente afrontarían la resistencia de los grupos allí asentados. Una vez iniciadas, las guerras podrían perpetuarse con una fuerza propia, alimentada por los intereses de sectores promovidos a posiciones de privilegio por obra del conflicto, como un componente necesario para la reproducción del nuevo orden social.

Este escenario sería consistente con la ausencia de *pukaras* y *chullpas* en regiones del altiplano donde no es viable la agricultura, aparentemente ocupadas por grupos pastoriles especializados que estarían al margen de las competencias intra e inter-regionales por el control de espacios agrícolas, p. ej., el Sureste de Lízep o la Puna Occidental de Jujuy. Estos grupos podrían haberse especializado en el tráfico de larga distancia, manteniendo su autonomía y cierta indefinición étnica en los intersticios de un escenario geopolítico cargado de tensiones. A ellos parece referirse el Factor de Potosí en la carta antes citada, cuando dice que

“...hay otros indios que confinan con los indios de guerra de Omapuacas y Casabindo y tienen trato y comercio con estos Lipes, los cuales están neutrales, que no son de paz ni de guerra, y entran en Potosí con nombre de indios Lipes y Atacamas, con ganados y otras cosas de venta y rescate...” (Lozano Machuca 1992 [1581]: 31).

Para concluir, cabe enfatizar que lo dicho no significa entender las fluctuaciones climáticas y las tensiones que pudieron generar como determinantes del cambio social, sino sólo como componentes de una compleja trama en la que concurren múltiples procesos sociales y culturales dotados de una dinámica propia e irreductible. Sólo con referencia a estos procesos, a su historia y a las disposiciones resultantes, podemos aspirar a comprender las prácticas sociales específicas mediante las cuales los pueblos Centro-Sur andinos afrontaron los desafíos de su ambiente.

AGRADECIMIENTOS

Las investigaciones en que se basa este artículo se desarrollaron en el marco de un convenio entre el Proyecto Arqueológico Altiplano Sur y el Vice-ministerio de Cultura de Bolivia y han sido financiadas por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de Jujuy, Argentina. Participaron en el equipo de investigación C. Angiorama, J. Avalos, L. Boschi, H. Mamaní, K. Menacho, P. Mercolli, E. Muraña, G. Ortiz, P. Rendón, V. Selles, C. Taboada y M. Vázquez. Los trabajos no hubieran sido posibles sin la hospitalidad y colaboración de los comunarios de Santiago K. y Santiago Chuvica.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

ALDUNATE, Carlos

1993 "Arqueología en el Pukara de Turi". *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, pp. 61-77. Antofagasta.

ALFARO, Lidia

1983 "Investigación arqueológica en la cuenca del río Doncellas (Jujuy)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología XV*: 25-47.

ALFARO, Lidia y Juan SUETTA

1970 "Nuevos aportes para el estudio del asentamiento humano en la puna de Jujuy: Revisión del Pucará de Rinconada". *Antiquitas* 10: 1-10.

ARELLANO, Jorge y Eduardo E. BERBERIAN

1981 "Mallku: El señorío post-Tiwanaku del altiplano sur de Bolivia (Provincias Nor y Sur Lípez-Dpto. de Potosí)". *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines* 10 (1-2): 51-84.

- BINFORD, M., A. KOLATA, M. BRENNER, J. JANUSEK, M. SEDDON, M. ABBOTT y J. CURTIS
1997 "Climate variation and the rise and fall of an Andean civilization". *Quaternary Research* 47: 235-248.
- BLANTON, Richard, Gary FEINMAN, Stephen KOWALEWSKI y Peter PEREGRINE
1996 "A dual-processual theory for the evolution of Mesoamerican civilization". *Current Anthropology* 37: 1-14.
- CARNEIRO, Robert
1998 "What happened at the flashpoint? Conjectures on chiefdom formation at the very moment of conception". En *Chiefdoms and Chieftaincy in the Americas*, editado por E. Redmond, pp. 18-42. Gainesville: University Press of Florida.
- DEMARRAIS, Elizabeth
2001 "La arqueología del norte del Valle Calchaquí". En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberían y A. Nielsen, pp. 289-346. Córdoba: Editorial Brujas.
- DUVIOLS, Pierre
1979 "Un Symbolisme de l'occupation, de l'aménagement et de l'exploitation de l'espace: Le monolithe 'huanca' et sa fonction dans les Andes préhispaniques". *L'Homme* XIX(2): 7-31.
- GUAMÁN POMA DE AYALA, Felipe
1980 [1615] *Nueva Crónica y Buen Gobierno*. México: Siglo XXI.
- HYSLOP, John
1977a "Hilltop cities of Peru". *Archaeology* 30: 218-225.
1977b "Chulpas of the Lupaca zone of the Peruvian high plateau". *Journal of Field Archaeology* 4: 149-170.
- IBARRA GRASSO, Dick E. y Roy QUEREJAZU LEWIS
1986 *30.000 Años de Prehistoria en Bolivia*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- ISBELL, William H.
1997 *Mummies and Mortuary Monuments: A Postprocessual Prehistory of Central Andean Social Organization*. Austin: University of Texas Press.
- KEELEY, Lawrence
1996 *War Before Civilization*. Oxford: Oxford University Press.
- KRAPOVICKAS, Pedro y Alejandro ALEKSANDROWICZ
1986 "Breve visión de la cultura de Yavi". *Anales de Arqueología y Etnología* 41/42: 83-127.

LECOQ, Patrice

- 1997 "Patrón de asentamiento, estilos cerámicos y crupos étnicos: El ejemplo de la región Intersalar en Bolivia". En *Saberes y Memorias en Los Andes: In Memoriam Thierry Saignes*, editado por T. Bouysson-Cassagne, pp. 59-89. Paris-Lima: IHEAL-IFEA.

LLAGOSTERA M., Agustín y María COSTA J.

- 1999 "Patrones de asentamiento en la época agroalfarera de San Pedro de Atacama (norte de Chile)". *Estudios Atacameños* 17: 175-206.

LOZANO MACHUCA, Juan

- 1992 "Carta del Factor de Potosí... al Virrey del Perú, en donde se describe la Provincia de los Lípez. Potosí, 8 de Noviembre de 1581". *Estudios Atacameños* 11: 30-34.

NIELSEN, Axel E.

- 1997 "Aproximaciones arqueológicas y etnohistóricas a la diversidad cultural tardía en el Altiplano de Lípez". *Contribución Arqueológica 5. Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo I, pp. 95-129. Copiapó.

- 2001a "Ethnoarchaeological perspectives on caravan trade in the South-Central Andes". En *Ethnoarchaeology of Andean South America: Contributions to Archaeological Method and Theory*, editado por L. Kuznar, pp. 163-201. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- 2001b "Evolución social en Quebrada de Humahuaca (AD 700-1536)". En *Historia Argentina Prehispánica*, editado por E. Berberían y A. Nielsen, pp. 171-264. Córdoba: Editorial Brujas.

NIELSEN, Axel E., María M. VÁZQUEZ, Julio C. AVALOS y Carlos I. ANGIORAMA

- 1999 "Prospecciones arqueológicas en la Reserva "Eduardo Avaroa" (Sud Lípez, Dpto. Potosí, Bolivia)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXIV: 95-124.

NIELSEN, Axel E. y William H. WALKER

- 1999 "Conquista ritual y dominación política en el Tawantinsuyu: El caso de Los Amarillos (Jujuy, Argentina)". En *Sed Non Satiata: Teoría Social en la Arqueología Latinoamericana Contemporánea*, editado por A. Zaranekin y F. Acuto, pp. 153-169. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.

NÚÑEZ REGUEIRO, Víctor

- 1974 "Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del noroeste argentino". *Revista del Instituto de Antropología* V: 169-190. Córdoba.

PEARSON, G. W., J. PILCHER, M. BAILLIE, D. CORBETT y F. QUA

- 1986 "High-precision ¹⁴C measurement of Irish oaks to show the natural ¹⁴C variation from AD 1840 to 5210 BC". *Radiocarbon* 28: 911-934.

RUIZ, Marta y María E. ALBECK

1997 "El fenómeno pukara visto desde la puna jujeña". *Estudios Atacameños* 12:83-95.

SCHIAPPACASSE, Virgilio, Victoria CASTRO y Hans NIEMEYER

1989 "Los Desarrollos Regionales en el Norte Grande (1000-1400 d.C.)". En *Culturas de Chile: Prehistoria*, editado por J. Hidalgo, V. Schiappacasse y H. Niemeyer, pp. 181-220. Santiago: Ed. Andrés Bello.

THOMPSON, L., E. Moseley-Thompson, J. BOLZAN y B. KOCI

1985 "A 1500-year record of tropical precipitation in ice cores from the Quelccaya ice cap, Peru". *Science* 229: 971-973.

TOPIC, John y Theresa TOPIC

1997 "Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina". En *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostkowski*, editado por R. Varón G. y J. Flores E., pp. 567-590. Lima: Instituto de Estudio Peruanos.

(Recibido el 10 de octubre de 2001.)